

- ¿Quién te lo ha dicho?
- ¿Soy yo ciego?
- ¡Ah!
- Ahora mismo le he visto. ¿Y tú?
- Creo que sí... á lo lejos... muy á lo lejos.
- Iba á caballo.
- Sí, á caballo. Creo que viene á tomar vistas del país.
- Debe ser incómodo dibujar á caballo,
- Como es militar estará acostumbrado.
- ¡Ah! ¿Es militar?
- Su aspecto lo revela claramente. Su semblante tostado por el sol, sus largos bigotes...
- ¿Le conoces?
- ¿Dónde quieres que le haya conocido? Pero cualquiera diría que nos interesa cuando tanto hablamos de él.
- Tienes razon, Santa, repuso Jacobo. Olvidémosle.
- Y al despedirse de se hermana, murmuró tristemente.
- ¡Pobre hermana mía! Tu turbacion te ha vendido. Yo velaré por tí.

XXIX.

La torre de Elven.

En la posada de *El Condestable* no habia ocurrido durante este tiempo nada que merezca mencion especial.

Juana se habia granjeado el afecto de la señora Jacut, y especialmente de Marta Causac, que se hubiera dejado hacer pedazos por ella.

En cuanto á Juana, las comodidades y el trato de la posada la dejaban mucho que desear; pero gracias á las atenciones de la señora Jacut y de Marta, estaba contenta, pasando sus horas de soledad con los ojos clavados en el castillo de Santa Gilda, que se veia distintamente desde las ventanas de la habitacion que ocupaba.

Allí se estaba decidiendo su destino y ella no hacia nada para contrariarle.

De París le enviaron la carta de Roger.

La leyó indiferentemente.

No podia ya creer en sus promesas.

Tambien en el alma de Juana se habia operado un cambio singular.

De débil que era, se habia hecho fuerte y capaz de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones,

Además le preocupaba un pensamiento superior á todos sus pensamientos de despecho y de cólera por la traición de su amante.

El astuto Lesguidou no había abandonado la pista de sus sospechas.

Iba frecuentemente á la posada, so pretexto de los negocios que requerían su presencia en Elven y en los pueblecillos inmediatos.

Y, aprovechando sus viajes, había conseguido ganarse la confianza de Juana, á cuyo lado se le hacía siempre corto el tiempo.

Sabía su historia mejor que ella y también la de sus parientes y todas sus ramificaciones con la de Fonterose.

Juana, por su parte, le había confiado algunos de sus secretos bajo la promesa del más absoluto silencio, al cual no faltó sino para realizar un proyecto maquiavélico que se le ocurrió y que estaba resuelto á llevar á cabo.

Sin embargo, Lesguidou no era más que un accidente para Juana: la interesaban las historias que le contaba, por la luz que arrojaban sobre el misterio de la desaparición de su padre y el origen de su familia.

Sin citar los nombres de las personas de quienes sospechaba, la decía que estaba sobre la pista y que en breve aquellas tragedias se harían públicas con todos sus detalles.

Quien hacía verdaderamente agradable la estancia de Juana en Elven era Cláudio Kerandal.

Cláudio tampoco perdonaba pretexto para ir á Elven, sirviéndole de cómplice la señora Jacut para mantener vivas las simpatías que desde el primer momento inspiró á Juana.

—Es una alhaja este muchacho, la decía á todas horas la señora Jacut. La mujer que se case con él, será la mujer más dichosa del mundo.

Cláudio dispensaba á Juana las más sublimes delicadezas del amor.

Al verlos juntos, parecían dos hermanos.

Un día Juana consintió en acompañar á Cláudio hasta Lorient.

—Estais muy triste, la dijo Cláudio, y necesitais distraeros.

Gracias á Cláudio, sabía Juana todo lo que pasaba en Santa Gilda.

Juan, que iba todos los días al castillo se hacía lenguas de los preparativos de la boda de Nicolasa, de cuya celebración ya no dudaba nadie.

Cerentin era el único que le escuchaba indiferentemente.

Cláudio, ignorando el interés que tenía Juana en aquel asunto, se hacía eco de las noticias de Juan.

La víspera del perdón de Elven, Cláudio propuso á Juana hacer una visita á la famosa torre que llevaba el nombre del pueblo.

—Es lo mas curioso que hay en el país, lo dijo, y merece que la conozcais.

A la misma hora salian de Santa Gilda en la misma direccion Roger y Nicolasa.

Nuestros contemporáneos son grandes constructores; nunca se han labrado, trasportado, ni colocado unas encima de otras tantas piedras

Pero la industria y la ciencia, que progresan, han inventado medios que facilitan la obra de los albañiles.

Si se quiere tener una idea de lo que puede producir el génio humano, auxiliado por una obstinacion enérgica y poderosa, es preciso contemplar esos gigantes de piedra de la Edad Media, que se levantan desde la tierra hasta el cielo, esas inmensas catedrales cinceladas como obras de orfebrería y esas fortalezas que, por ser inexpugnables, todavía no han sido vencidas por el tiempo.

En las épocas primitivas en que el país estaba sumido en una especie de barbarie, no habia caminos, ni siquiera veredas practicables.

Y, sin embargo, los montes de piedra cambiaban de lugar, siendo trasportados en fragmentos de un lado á otro en carretas y en hombres.

¡Qué esfuerzos de trabajo y de constancia no se necesitarian!

La torre de Elven es uno de los monumentos de la antigüedad que aún quedan en pié para gloria de su tiempo y asombro de los nuestros.

Y sin embargo, son contados los viajeros que la visitan.

El camino de Elven á la famosa torre es largo y sombrío, pero á Cláudio le pareció aquella vez corto y alegre.

Parecía un estudiante en vacaciones,

—¿Sabeis lo que pienso, señorita Juana? dijo á su compañera de expedicion?

—No.

Pienso que no se necesita tanto dinero como se cree para ser feliz. La vida es corta y la empleamos en correr detrás de la fortuna. Y, sin embargo, la fortuna está en nosotros mismos.

—¿Qué entendeis vos por fortuna?

—No me atrevo á decíroslo.

Juana suspiró.

—Pero como no somos mas que dos amigos, no os alarmareis porque os diga lo que siento. El mas precioso don de la vida es el amor. Tener una mujer con quien compartir las alegrías y las tristezas de la vida, debe ser la mayor felicidad. ¿No sois de mi misma opinion?

—Sí.

—Siempre he creido que no érais como la generacion de las personas que se dejan llevar por el viento que sopla.

Juana cerró los ojos para que Cláudio no leyera en ellos el secreto de su vida.

Comprendía que Cláudio la amaba honradamente y se avergonzaba al pensar que era indigna de su amor.

Sentía moverse en sus entrañas el hijo de un hombre que, al rechazar su amor, había rechazado también los deberes de la paternidad.

Era verdad que Ambarés la había seducido valiéndose de toda clase de engaños.

Pero todo el mundo creería que no se había entregado al amor de un hombre, sino á sus riquezas.

Ni su orgullo le permitiría buscar excusas á su debilidad.

Había pecado y debía sufrir la penitencia de su culpa.

Cuando su desgracia estuviese consumada, Dios le inspiraría un medio de bastarse á sí misma y á su hijo.

Cláudio la miraba con admiración.

Su embarazo no estaba tan adelantado que vendiese su secreto ni aún á los experimentados ojos de un médico.

Algunos días antes la había dicho:

—Tengo la seguridad de que algún día me amaréis.

Juana le contestó sonriéndose:

—Como una hermana.

Llegaron al bosque que rodea á la torre de Elven, y Cláudio, que hasta entonces tuvo miedo; estuvo á

punto de caer á los piés de Juana y declararla su amor. ¿Qué podía temer?

Si Juana fuera casada, se lo habría dicho.

Si era pobre, tampoco la pobreza excluye en absoluto la idea del matrimonio. ¿Qué le importaba á él que fuera pobre ó rica?

Vivirían como hacía un siglo vivían los Kerandal, contentándose con lo que buenamente tuvieran.

Sin embargo Cláudio calló aquella vez, como siempre, siguiendo en silencio su camino, hasta que al llegar á la torre de Elven le rompió para decir á Juana:

—Entrad.

XXX.

La criolla penetró en el histórico edificio, siguiéndola Cláudio.

La puerta de la torre estaba entreabierta.

Nunca se había sentido Cláudio tan turbado, porque nunca le había parecido Juana tan hermosa.

Subieron la escalera de piedra que consta de doscientos peldaños, y al llegar al último, reuniendo sus fuerzas, exclamó Juana, deslumbrada por la belleza del paisaje que se extendía ante sus ojos.

—¡Qué espectáculo tan grandioso!

Cláudio se apoyó en los muros de la terraza que coronaba la torre, y en vez de mirar los bosques, los campos, las montañas, las lagunas y el cielo, miró á Juana.

Estaba allí, á su lado, entre el cielo y la tierra, lejos de los hombres.

Sintió que la tempestad de amor que rugía en su pecho iba á desbordarse; pero aunque quiso hablar, su lengua se negó á articular el mas pequeño sonido, como si estuviera paralizada.

También á Juana le latía el corazón violentamente, pero no era de amor.

Y uno y otro permanecieron inmóviles: Juana mirando á Santa Gilda y Cláudio mirando á Juana.

Esta fué la primera que volvió á la realidad de la vida.

Se acercó á Cláudio, y poniéndole cariñosamente una mano sobre el hombro, le dijo con voz balbuciente:

—Vámonos.

Cláudio se atrevió por primera vez á mirarla frente á frente.

Y la vió pálida y descajada.

—¿Qué teneis, Juana? la preguntó.

—Nada, le contestó Juana mordiéndose los labios de despecho y volviendo la cabeza para ocultar su profunda turbacion.

Cláudio la cogió una mano.

—No trateis de engañarme, Juana, la dijo. ¡Teneis alguna pena y me la ocultais!

Juana rompió á llorar.

—¡Soy muy desgraciada! murmuró.

—¡Y siendo vuestro amigo no teneis confianza en mí para revelarme vuestras penas!, exclamó Cláudio atrayéndola hácia sí y obligándola á sentarse en una de las piedras que se habian desprendido de las murallas del terrado.

Y despues de una breve pausa, añadió.

—Escuchadme, Juana, y no temais, por Dios, que trate de ofenderos. ¿Por qué os lo he de ocultar? Si fuérais dichosa, tal vez habria callado siempre. Pero sois desgraciada y el dolor nos acerca el uno al otro. Yo tampoco soy feliz. La decadencia de mi familia, su pobreza, la obligacion de trabajar para vivir y salvar de la ignominia uno de los nombres mas ilustres de Bretaña, han sido el constante torcedor de mi juventud. Sin embargo, nunca me ha abandonado la esperanza de llegar á bastarme á mí mismo y de ser útil á los míos en proporcion de mis fuerzas. He creido siempre en una existencia tranquila, honrada y modesta. Pero desde que os conozco, me parece que mi juventud, tenebrosa, oscura, solitaria, se ha iluminado de repente. He visto una huella de luz que me mostraba mi porvenir, y me he dicho que si vos llegarais á sentir nada mas que una parte del amor que me inspirais, no habria en el mundo dos seres mas felices que nosotros. Sí, Juana, la única aspiracion de mi vida es ya llamaros mia, daros mi nombre y conquistar una fortuna con mi trabajo para ofrecérosla. Si sois ambiciosa nos iremos á París. Allí tengo quien me proteja,

Con su auxilio y mi fuerza de voluntad, llegaré á ser célebre y rico. Si preferís la vida tranquila de los campos, nos quedaremos aquí, en el punto que elijais, y nos haremos una casita en medio de un jardín. Los antiguos Kerandal eran hombres de guerra, y debajo de sus corazas de hierro tenían un corazón de piedra, insensible y feroz. Nosotros seremos bondadosos y dulces. Ellos abrian heridas con la punta de su lanza. Nosotros las curaremos. Asistiremos á los pobres por amor de Dios y á los ricos por su dinero. No tendremos mas que amigos. Elegid, Juana. O París con sus luchas y su fiebre y sus horrores, ó el campo con su aire puro, su silencio, y su paz, tan grata al corazón. Donde vos esteis estaré yo bien. Donde no esteis, me moriré de pena. ¡Si supiérais cuánto he luchado para defenderme de vos! Pero todos mis esfuerzos han sido inútiles. La chispa se ha convertido en una hoguera. Unamos nuestra pobreza y nuestra desgracia y seremos ricos y felices.

Juana se levantó enjugándose los ojos.

Dió la mano á Cláudio, y Cláudio se la besó respetuosamente.

—Vuestras palabras me han hecho mucho bien, le dijo. Tenia necesidad de oirlas para saber que, entre la multitud que nos rodea, hay todavía corazones honrados en cuyo fondo me puedo refugiar. Pero me ofrecéis lo que no puedo ni debo aceptar. Hay un secreto en mi vida que me hace indigna de vuestro amor.

—Lo comprendo, exclamó Cláudio, herido en mitad del corazón por estas palabras, Amais á otro hombre.

—No. Le he amado. Me ha dejado seducir por sus juramentos, siendo á la vez débil y cobarde. Como vos, me he visto en medio del mundo entregada á mis propias fuerzas. Pero no he tenido vuestro valor y he sido terriblemente castigada. No insistais en vuestras pretensiones, amigo mio. Sería inútil. Vos merecis una mujer que no tenga que bajar los ojos delante del mundo. Os debia esta confesion. Juzgad, por el trabajo que me ha costado hacerla, el aprecio que os profeso. Vuestras palabras resonarán siempre en mi corazón. Vuestra imágen vivirá tambien grabada en él. Pero nos separa un abismo.

—¡Amais todavía á vuestro seductor! exclamó Cláudio.

Juana iba á contestar cuando se oyó á corta distancia el trotar de dos caballos.

Cláudio se acercó al parapeto, y dijo:

—Alguien se acerca.

Juana miró á su vez y se puso pálida como una muerta.

—¿No es esa mujer la señorita de Fonterose preguntó á Cláudio.

—En efecto, contestó Cláudio, es la señorita de Fonterose. El caballero que la acompaña se ha apeado y da la mano á su compañera de expedicion para

que á su vez se apee. Ata los caballos al tronco de un árbol. Se conoce que vienen á ver la torre.

—Es preciso ocultarnos, dijo Juana.

—¿Por qué?

—No quiero que me vean. Ocultémonos, ocultémonos pronto.

Cláudio condujo á Juana á una especie de gruta que habia en mitad de la escalera.

Ya era tiempo.

Nicolasa y Roger entraban en aquel momento en la torre.

—No es de creer que conozcan este agujero, dijo Cláudio á Juana.

Y bajando la voz, añadió;

—Ese hombre es...

—Sí, exclamó Juana tapándose la cara con las manos.

Nicolasa y Roger habian salido de Santa Gilda acompañados por el general Camberfot y el Conde de Presle; pero los habian dejado á mitad del camino.

Roger habia pedido una entrevista á Nicolasa.

—Démonos prisa, dijo Nicolasa empezando á subir la escalera de la torre, para admirar estos magníficos paisajes antes de que se ponga el sol.

Nicolasa pasó por delante de Juana y Cláudio, apoyada en el brazo de Ambarés.

—¡Qué magnífico espectáculo! exclamó Roger, como habia exclamado Juana al llegar á la terraza. Y

si no me preocuparan otras ideas, me pareceria mas hermoso aún.

—¿Qué ideas os preocupan?

—¿No lo sabeis?

—¿Vais á hablarme otra vez del gran amor que os he inspirado? ¡Já, Já!

—Vuestra risa me hace daño.

—Demasiado tiempo me queda para llorar. Dejad que me ria ahora. Pero, me dais lástima. Contadme vuestras penas. Aquí estamos solos. Nadie puede oirnos. Hablad... Hablad...

Aunque los separaba alguna distancia del sitio en que estaban Juana y Cláudio, el silencio era tan profundo, que se los oia distintamente.

Cláudio hubiera podido contar los latidos del corazón de Juana.

—¿Es él? volvió á preguntarla Cláudio.

Juana bajó la cabeza.

La sangre de los Kerandal hirvió un segundo en las venas de Cláudio.

—¡Ah! murmuró. Le ódio tanto como os amo.

Roger renovó todas sus protestas de amor.

—Tened piedad de mí y no prolongeis mi suplicio, exclamó en un arrebató de pasión. Sois el único amor de mi vida... Os lo juro.

—¿El único? repitió Nicolasa con incredulidad.

—El único, á no ser que creais que es amor el capricho de un momento, repuso Roger.

—¿De manera que no habeis amado á ninguna mujer?

—Ya os lo he dicho.

—¿Seriamente?

—Sériamente.

—Buscad en el fondo de vuestro corazon y tal vez encontrareis algo...

—Seria inútil.

—Juradlo.

—Lo Juro,

—Me cuesta trabajo creerlo.

—Sin embargo, es la verdad.

—¡La verdad!

—Sí.

—¿Cuántos años teneis?

—Treinta.

—¿Y os habeis pasado treinta años sin amar á nadie? Debeis tener el corazon de bronce.

¿Qué habeis hecho de vuestro tiempo? No trateis de convencerme. Lo primero que me dirías es que vuestra alma no habia encontrado hasta ahora su alma gemela. Conozco esas teorías. Las he leído en todas las novelas y me han hecho reir mucho. ¿Cómo es posible que en París, donde refluyen, como los rios en la mar, las mujeres mas hermosas del mundo, unas porque lo son realmente, y otras porque las hacen parecerlo las modistas y los peluqueros; cómo es posible, repito, que vos, flor y nata de la *hig-*

hife, no hayais encontrado una mujer digna de ser amada?

—Y, sin embargo, nada mas cierto.

—¿De manera que vuestro corazon es libre completamente libre?

—Como las aves que cruzan el espacio.

—¿Y no echareis nada de menos el día que el alcalde y el cura nos unan con el lazo indisoluble del matrimonio?

—Nada.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y vos? preguntó Roger, rompiéndole.

—Yo, sí. Echaré de menos mi libertad, mi infancia, triste pero independiente, mis campos, mi bosque y mis landas.

—¿Pensais que yo os privaré de nada de lo que os agrada?

—El hombre, antes de casarse, lo concede todo; despues de casado se convierte en un déspota. No sois vos, el matrimonio, es lo que me espanta. Os he prometido una contestacion. Perdonadme por hacerosla esperar tanto. Estoy en extremo agradecida á vuestras atenciones. Quisiera creerlo. Pero ¡me asaltan pensamientos tan tristes!... Perdí á mi padre siendo muy niña. Mi madre apenas se ha ocupado de mí. Si por desgracia, no encontrase en el matrimonio mas que el vacío de mi juventud, ¡quién puede prever lo que haria! Tened paciencia y no

creais que mis vacilaciones son el capricho de una niña voluntariosa. No os quiero mal, y suceda lo que suceda, nos unirá siempre una sincera y durable amistad.

—¡Nicolasa! exclamó Roger lanzando un profundo suspiro, ¡no me amais!

—Dadme tiempo.

—¡Y no me amareis nunca!

—¡Quién sabe!

—¡Y yo estoy condenado á amaros eternamente!

—No soy aficionado á los melodramas, amigo mio. Os lo digo para que no recurrais al extremo de hablarme del suicidio. Mirad... Ya están ahí el general y Máximo. Si ahora se os ocurriese arrojaros de cabeza desde la torre, caeríais encima del general, segando en flor las esperanzas de mi institutriz.

Efectivamente, el general y Máximo de Presle llegaban en aquel momento al pié de la torre.

Juana estaba lívida, y si se sostenía en pié, era porque estaba apoyada con toda su fuerza contra la pared de la especie de gruta en que se había refugiado con Cláudio.

Había dudado hasta entonces.

Ya no podía dudar.

Mas de una vez estuvo tentada á lanzarse al terrado para decir á Roger:

—¡Mientes!

Y á la señorita de Fonterose:

—No creais á ese hombre. Os engañará como me ha engañado á mí. Es un infame.

Pero el orgullo ahogó sus quejas, y la presencia de Cláudio la contuvo.

La señorita de Fonterose se agarró del brazo de Roger y le dijo:

—Salgamos al encuentro de nuestros amigos.

—Por piedad, Nicolasa, exclamó Roger, contestadme. ¡Si supierais cuánto sufro!

—¿Sí? le contestó Nicolasa irónicamente.

—Esto no es vivir.

—No quiero ser causa inocente de una desgracia. Os contestaré.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos días.

—Lo mismo me decís siempre, y todavía no me habeis contestado. ¡Qué cruel sois!

—Los asuntos serios deben tratarse seriamente. Vos, en último caso, no perderíais nada. Y yo, ¿qué ganaría? Os doy mi palabra. Dentro de cuatro ó cinco días se decidirá vuestra suerte.

—Dadme al menos una esperanza.

—No os prohibo que la tengais. Vámonos.

El general, sentado en una de las piedras que rodeaban á la torre, la contemplaba entusiasmado.

—¡Magnífico bastion, conde!, decía á Máximo. Todavía puede resistir un asalto.

—¿No pensais subir á lo alto de la torre, general? le contestó Máximo.

—No. Os espero aquí.

El general, á pesar de sus pretensiones de jóven, no se sentía con fuerzas para subir doscientos escalones.

Mientras Máximo emprendía su ascension, Nicola-sa y Roger se presentaron á acompañar al general.

Al llegar á mitad de la escalera, se detuvo Máximo.

Se le figuró que alguien hablaba á corta distancia, y volviéndose hácia el sitio de donde partía la voz, se halló de manos á boca con la querida de su amigo y con Cláudio Kerandal.

—Dejadme, decia Juana. La vida me es odiosa. Estoy tentada de castigar mi necedad arrojándome desde lo alto de la torre. Me he entregado á un hombre sin fé.—¿No le habeis oido?—¿Con qué audacia mentía!

En aquel momento vió á Máximo.

—¿Vos aquí! exclamó.

—Sí, yo, que os compadezco con todo mi corazon, la contestó Máximo. ¡Estábais ahí!

—Sí.

—¿Lo habeis oido todo!

—¿Todo! Lo he oido todo, y le he visto arrastrarse á los piés de esa mujer que vale mas que él, y que no recibirá mejor pago que yo. Cuando le veais, decid-

le que Dios me ha traído aquí para convencerme de su traicion. Decidle. No, no le digais nada. Decidle únicamente, que es libre y que no tiene nada que temer de mí. Con una palabra pudiera perderle en el ánimo de la señorita de Fonterose; pero no la pronunciaré. Ya no tengo nada que ver con ese hombre... Su traicion ha matado todo el amor que le tenia. Me daría vergüenza que el hijo que tengo en las entrañas llevara su nombre. ¡Mejor quiero verle muerto! Le devuelvo todos sus juramentos.

Juana no pudo continuar.

Un torrente de lágrimas bañó sus pálidas mejillas.

Máximo quiso tranquilizarla, pero ella le rechazó exclamando:

—¿Dejadme! ¡Dejadme! No os guardo rencor. Hay cosas que no pueden revelarse, y harto hicisteis en dárme las á entender. ¡Nécia de mí que cerré los ojos para no ver mi desgracia! Adios. Nos vemos por última vez. Quiero huir de todo lo que me recuerda mi pasado... Quiero hacer vida nueva... No os conozco, señor marqués.

—¿Juanal

—Dejadme.

—¿Qué será de vos?

—Lo que Dios quiera.

—En París teneis buenos amigos... Volved á París.

—No sé lo que haré.

—Prometedme que volveremos á vernos.

—¿Para qué?

—¡Tan mal me quereis!

—Ya os he dicho que no os guardo rencor. Sólo no perdono á dos personas. A Roger por haberme engañado, y á mí por haberle creído.

Juana dió la mano al conde y éste se la llevó á los labios.

El general, Roger y la señorita de Fonterose, empezaban á impacientarse por la tardanza de Máximo.

Nicolasa habia montado ya á caballo.

El conde volvió á estrechar la mano á Juana, y desapareció por la escalera.

En cuanto se dejó de oír el ruido de sus pasos, Cláudio se acercó á Juana y la dijo amorosamente:

—La casualidad ha hecho que descubra todos vuestros secretos. Teniais razon: sois muy desgraciada.

—¡Oh! sí.

—Y sin embargo, os ofrezco nuevamente unir vuestro destino al mio. Juana, ¿quereis ser mi mujer?

—Lo sabeis todo, y quereis...

—Sí. Os amo.

—Es imposible.

—Os amo, repitió Cláudio.

—Soy indigna de vos.

—¡Os amo! exclamó por tercera vez Cláudio. Teneis orgullo y no perdonareis nunca la ofensa que os han hecho. Olvidareis al hombre que os ha engañado, y

que, teniendo la felicidad en vuestro amor, no ha sabido conservarla.

—No penseis en eso, amigo mio. Voy á ser madre. El recuerdo de mi falta sería, al mismo tiempo que mi tormento, el vuestro. Hay obstaculos invencibles. El mundo os señalaría con el dedo, y despues...

Juana se tapó la cara con las manos, rompiendo de nuevo á llorar amargamente.

—El mundo es mejor de lo que creeis. Vuestro hijo será mi hijo, y juro por lo mas sagrado que nunca saldrá de mis labios una palabra que os recuerde lo pasado. Juana, sed mi mujer.

—No.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—Escuchadme, Cláudio. Yo á mi vez os juro que vuestras palabras vivirán eternamente grabadas en mi corazon. Nunca olvidaré vuestro generoso ofrecimiento. Sois tan noble de corazon como de nacimiento. Ignoro la suerte que me reserva el porvenir. Pero sea cual fuere y esté donde esté, si me necesitais, llamadme y me tendreis á vuestro lado. No tengo derecho á ser vuestra mujer, pero puedo ser vuestra hermana. ¡No quiera Dios que la desgracia se ensañe en vos como en mí! Pero si estuviera escrito que nuestros destinos fueran iguales, yo tambien os consolaria.

—Sea lo que querais. El tiempo calmará vuestro dolor. Esperaré.

La noche empezaba á caer y la voz del guarda de la torre anunció á Juana y á Cláudio que era hora de abandonar aquellos lugares.

—Vamos, dijo Cláudio á Juana, dándola el brazo. Nos hemos olvidado del tiempo.

—Id vos delante, dijo Juana; yo os seguiré.

En el momento en que Cláudio ponía el pié en el último escalón, se volvió bruscamente.

Habia oido un grito.

Era Juana, que, habiendo tropezado con una piedra, bajaba rodando la escalera.

El guarda oyó tambien el grito, y acudiendo prontamente, ayudó á Cláudio á levantar á Juana.

—¿Os habeis hecho mucho daño? la preguntó Cláudio.

—Creo que no, le contestó Juana. Una emocion mas. ¡Qué día!

El guarda encendió una antorcha.

Juana, aunque se quejaba de la cabeza, sólo se habia hecho una pequeña herida en un brazo.

—No es nada, dijo Cláudio. En cuanto llegemos á Elven os curaré con unas gotas de árnica.

El guarda, que conocia á Cláudio, se deshizo en excusas, como si él fuera el responsable de lo que habia sucedido.

Juana y Cláudio le dieron las gracias, por su buena voluntad, y emprendieron la vuelta á Elven.

Juana no se sentia bien; pero no se quejaba.

Momentos antes de llegar á Elven tuvo que taparse la boca para ahogar un grito de dolor.

—Detengámonos un momento, dijo á Cláudio con voz ahogada. No puedo mas.

Cláudio la cogió la mano y adivinó la terrible verdad.

—Juana, exclamó, haced un esfuerzo.

—No puedo, murmuró Juana. Dejadme morir aquí. Y se dejó caer sobre una piedra.

El médico reemplazó al amante.

¡Con qué placer se apoderó y arrojó lejos de sí los vestigios de un amor odioso, tan odioso ya para él como para Juana!

La desdichada madre hizo pedazos su pañuelo con los dientes; pero no lanzó el menor grito.

Terminada la terrible operacion, Cláudio cogió en brazos á Juana, y consiguió por fin llegar á la posada del *Condestable*.

Al ver á Juana la señora Jacut, comprendiendo que se habia puesto mala, quiso hacerse cargo de ella; pero Cláudio no soltó su carga.

—¿Qué os ha sucedido? exclamó la buena mujer.

—¡Señorita! ¡Señorita! exclamó á su vez Marta. ¡Está pálida como una muerta!

Cláudio explicó en cuatro palabras lo que habia ocurrido.

Al bajar la escalera de la torre de Elven Juana se habia caido, hiriéndose ligeramente en un brazo

y, momentos antes de llegar á la posada, habia perdido el conocimiento.

Esto era todo.

Y bajando la voz, dijo á la señora Jacut:

—Sin embargo, este accidente puede ser mas grave de lo que parece. Antes de volver á Penhoet necesito reconocerla por si ha sufrido alguna lesion interior. Dejadnos solos.

Hizo que se acostara Juana y la tranquilizó respecto á las consecuencias de su indisposicion, prometiéndola volver al dia siguiente.

Juana estrechó con efusion las manos de Cláudio.

—¿Cómo pagaros le que haceis por mí? murmuró. ¡Dios os lo premie!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya sabeis cómo, le contestó Cláudio: accediendo á mis súplicas. El mayor obstáculo que nos separaba ha desaparecido.

—Idos, le contestó Juana. Vuestra madre puede temer que os haya sucedido alguna desgracia.

Cláudio se llevó á los labios la mano que le tendió Juana.

La señora Jacut esperaba á Cláudio en la cocina.

—¿Cómo sigue la enferma? le preguntó.

—Mis temores se han desvanecido. Dentro de algunos dias podrá levantarse.

—¿Volverás?

—Mañana mismo.

—¡Es una señora tan buena!

—¡Y tan hermosa!, añadió Marta.

—Cúidala mucho, Marta, dijo Cláudio.

—Id tranquilo, señor Cláudio. No necesitais recomendármela.

—La noche es muy oscura, Cláudio, observó la señora Jacut. Vé con cuidado.

—Juana oyó el trotar del caballo.

—Ese hombre hubiera hecho mi felicidad, murmuró.

XXXI.

Seducion.

Cuando Cláudio llegó á Penhoet, sólo habia luz encendida en la antigua casa de su familia.

Los perros que vagaban por los anchos patios le anunciaron ladrando sordamente.

José salió á recibirle.

—Venid, señor Cláudio, le dijo haciéndose cargo del caballo para llevarle á la cuadra. Si tardais un momento mas, os dejan debajo de la mesa. Ya estan acabando de cenar.

En efecto, ya estaban en los postres.

El rector habia sacado la pipa y estaba llenándola.

Michaud, olvidando los consejos del señor Lesgidou, estaba absorto en la hermosura de Santa.